

## Icíar Bollaín

*José Luis Sánchez Noriega (2021)*

Madrid. Cátedra

Cuando se repasa los grandes relatos historiográficos que, desde su nacimiento hasta nuestros días, se han construido en torno al cine, podría parecer que el papel de las mujeres en el desarrollo y evolución de su industria ha sido mínimo e insignificante. A menudo los cronistas no sólo han pecado de hacer una lectura «vasariana» de la historia del cine y, en consecuencia, en su estrecho esquema mental sólo había cabida para grandes obras y grandes autores masculinos. Sin embargo, la realidad es bien otra. Mujeres cineastas las ha habido siempre. Sabemos a ciencia cierta que, prácticamente desde los orígenes del medio cinematográfico, la presencia femenina en puestos de responsabilidad relevantes ha sido notable. No todas fueron solo grandes estrellas, ambiciosas *starlets*, humildes modistillas o eficientes maquilladoras. También hubo mujeres diseñadoras de vestuarios, montadoras, guionistas, productoras y, por supuesto, realizadas. Pese a ello, y como ha ocurrido en tantas otras manifestaciones artísticas a lo largo del tiempo, las valiosas contribuciones hechas por todas estas mujeres cineastas han venido siendo ninguneadas por historiadores y analistas. Apenas han sido consideradas como una exótica nota al pie que adornaba los grandes logros alcanzados por sus compañeros de profesión. Afortunadamente, aunque todavía de forma lenta y parsimoniosa, esta sesgada manera de afrontar la historia del cine parece estar cambiando y cada vez son más numerosos los trabajos que tratan de arrojar una nueva luz, mucho más

completa e integradora, sobre las aportaciones de las mujeres en la industria del cine. En este contexto podemos enmarcar la última obra del catedrático José Luis Sánchez Noriega le ha dedicado a la figura y la obra de Icíar Bollaín.

Publicada en la editorial Cátedra, dentro su popular y ya extensa colección «Cineastas», este texto de Sánchez Noriega ha querido sumarse a esta creciente corriente de reivindicación de viene a sumarse a este creciente interés por acercarse a la obra de las, cada vez más numerosas, creadoras del sector audiovisual. Signo evidente de este vacío que esta obra viene a llenar es la propia colección donde ha salido a la luz, pues de los ciento veintidós títulos anteriores que hasta ahora la componían, sólo se le había dedicado un volumen a otra mujer, a la controvertida directora alemana Leni Riefenstahl. Cabría preguntarse por qué se eligió a una realizadora como Icíar Bollaín que, por edad, es lógico pensar que todavía pueda ofrecer a los espectadores nuevas obras en los próximos años, y no a otras compañeras de profesión como Ana Mariscal o Pilar Miró cuyas filmografías están cerradas. El autor esgrime que, aun estando en la plenitud de su vida creativa, la producción de Bollaín reúne ya los méritos suficientes como para merecer un análisis detenido de las principales temáticas y rasgos de estilo de su cine, y ayudar al público a obtener una recepción más rica y completa de sus películas. En ese sentido, Sánchez Noriega establece desde un principio y de una manera clara cuáles son los objetivos que ha perseguido: «Nuestro trabajo se limita a ponderar esta trayectoria y la estética inherente, contextualizando las obras, abundando en su proceso de construcción, estable-

ciendo relaciones entre ellas, ubicándolas ante la realidad que representan».

Con un lenguaje ameno, claro y no por ello exento de la profundidad requerida, el autor despliega ante sus lectores una estructura que no sólo se ajusta a sus propósitos, sino que, a la postre, resulta muy útil para aproximarse a la carreta de esta singular cineasta, conocer sus planteamientos cinematográficos y entender, desde dentro, la carrera audiovisual de Bollaín. En ese sentido, la secuenciación de los contenidos también resulta pertinente, coherente y apropiada a los fines perseguidos. Organizados en cinco grandes apartados, el autor opta en primer lugar por retornar a los orígenes profesionales de la cineasta. Desvela como resulta difícil separar la vocación como realizadora de Bollaín sin tener en cuenta el interés que despertó en ella sus primeras experiencias cinematográficas junto a grandes directores del cine español como Víctor Erice, Manuel Gutiérrez Aragón, Felipe Vega, Gerardo Herrero o José Luis Borau. Fueron estos trabajos en el campo de la interpretación los que le abrieron los ojos y la condujeron a la joven actriz a decidir también tomar ella la cámara entre sus manos. Resulta especialmente interesante, necesario y revelador el capítulo que el autor dedica a desbrozar la concepción que del cine tiene la directora. A nuestro juicio, hace aquí una de las grandes contribuciones de este libro pues, a través de la recopilación de los testimonios de la propia cineasta, Sánchez Noriega permite conocer desde qué postulados cinematográfico, pero también éticos, ha construido Iciar Bollaín toda su filmografía. No menos relevante es, en nuestra opinión, el capítulo titulado «Ver y mirar: el compromiso con la realidad», un ca-

pítulo donde se establece las conexiones de la cineasta con la obra de Ken Loach y sus deseos de realizar un cine comprometido. Acierta el autor cuando sostiene que, en la trayectoria cinematográfica de Bollaín, el realismo es un «suelo irrenunciable» que le permite adentrarse, con una mirada comprensiva, en las insatisfacciones, conflictos y aspiraciones de sus personajes. Para la directora, el cine se convierte en un instrumento de conocimiento a través de la observación solidaria, empática. La propia directora así lo reconocía cuando confesaba que, para ella, la realización cinematográfica era «una forma de hacer películas que tiene que ver más con vivir que con rodar, con intuir que racionalizar, con aprender que con saber».

Posee además este libro de Sánchez Noriega otra virtud más y es que ofrece al lector también un análisis sistemático y ordenado de toda la filmografía de Iciar Bollaín hasta su más reciente película *La boda de Rosa* (2020). En este apartado que ocupa un parte considerable del ensayo, el autor detiene su mirada para, una a una, ir desentrañando con la precisión que le caracteriza los entresijos de cada película. Hay que subrayar también que, con buen criterio, se ha incluido en este repaso no sólo los largometrajes, sino también sus diversas incursiones en el campo del cortometraje, de la publicidad y del video clip.

Cierra el ensayo con un último capítulo en el que, a modo de recapitulación, se ha tratado de ofrecer las claves de la estética fílmica de Iciar Bollaín. Puede que, como el mismo autor reconoce, se trate de un ejercicio personal y subjetivo, pero no, desde luego, arbitrario, caprichoso y sin fundamento. No es la mirada del Sánchez Noriega, una mirada inexperta. Su

vasta experiencia en el campo de la docencia y la investigación, sus numerosos estudios publicados le avalan como un fino y perspicaz analista. Prueba de ello es que, en muy pocas páginas, es capaz de trazar las líneas maestras del cine de Bollaín dando testimonio de sus aprendizajes, de sus procedimientos, de sus temas habituales y de los principales rasgos de su estilo.

Este estudio sobre el cine de Icíar Bollaín, en conclusión, no deber ser entendido únicamente como fruto de ese esfuerzo necesario por visibilizar el trabajo

de las mujeres en la industria del cine. No es una graciosa concesión, es un acto de justicia. Si su filmografía merece atención y evaluación sosegada, no es porque se aproveche el interés y la sensibilidad hoy existente por los estudios de género, sino porque reúne las características imprescindibles para ser consideradas como una de las grandes directoras del cine español contemporáneo de las últimas décadas y del que está todavía por venir.

*Gonzalo M. Pavés*  
Universidad de La Laguna